



La Lectura Popular

AÑO XIX

Orihuela 1 de Mayo de 1900.

Núm. 401

Cruz ó triángulo

La Cruz representa la abnegación, el sacrificio voluntario, el dominio de las pasiones, la mortificación de los apetitos.

El triángulo simboliza la soberbia de la vida, la rebelion de la carne, la libertad de todas sus concupiscencias, de todas sus codicias, de todos sus desórdenes.

¿Cuál de estos dos símbolos ha de dominar el mundo?

Esta es la cuestión que palpita en el fondo de cuantas tesis sociales se debaten en los tiempos que corremos.

Y el fenómeno se explica perfectamente.

Todo hombre en cuanto tiene uso de razón se encuentra con dos caminos; el de la afirmación religiosa y el de la negación escéptica.

O cree que hay un Dios y hay otra vida en que ha de dar cuenta de sus acciones, ó no lo cree.

Si lo cree y de buena fé vive según la ley natural escrita en su conciencia, podrá errar en punto á religion positiva por no haber conocido la verdadera, pero su fé implícita en Jesucristo le coloca del lado de la Cruz, porque aunque fuese more ó gentil, no vive fuera de la Iglesia, sino en su seno y formando parte de su alma. Así lo enseña la doctrina católica y esta es la verdad que muchos ignoran.

Por el contrario, si no cree en Dios ni cree que hay más vida que la presente, ó se forja en este punto alguno de los sueños con que la carne procura engañar á sus devotos, pintándoles un cielo de esos que se conquistan fácilmente pecando ó sin pecar; y obra así, no por error invencible del entendimiento, sino por corrupción del corazón, entonces cae del lado del triángulo.

O lo que es lo mismo que de la Cruz ó el Triángulo no puede salir porque estas dos banderas son las que lógicamente se

disputan y reparten la humanidad.

Ahora bien, ¿cual es el porvenir de una y otra?

Sin ser profeta, el buen sentido basta para contestar la pregunta.

La Cruz permanecerá en el calvario, mientras el mundo sea mundo.

Pero si es cierto que no dejará de tener contradicciones, tampoco será jamás vencida.

En cambio triunfará un día definitivamente del triángulo y de todos sus enemigos.

—¿Y porqué decis que el buen sentido enseña esto?

—Porque ese mismo buen sentido demuestra que las cosas son como son y no como los hombres quieren que sean.

El bien el mal (pese á los modernos embrollones de la filosofía) son cosas completamente distintas.

Dios no hizo el mundo á humo de pajas, ni escribió la ley natural en los corazones para que nos burlásemos de ella mirando como indiferente, por ejemplo: el matar ó el no matar, el robar ó el no robar, el birlarle la mujer al prógimo ó no birlarsela etc. etc.

Y si Dios hizo el aire para que fuese aire y sirviese para lo que sirve el aire, é hizo el agua para que fuese agua y sirviese para lo que sirve el agua, é hizo todas las demás cosas del cielo y de la tierra para que fuesen como deben ser y sirviesen para lo que deben servir, (que en eso estriba su bondad) ¿había de haber hecho al hombre para que fuese como le diese la gana de ser y no como Dios quiso que fuese, y para que obrara como le diese la gana de obrar y no como Dios quería que obrase?

Se dirá que el hombre es libre.

En hora buena; pero la libertad no se le dió para obrar mal, sino para obrar bien libremente como ser racional y adquirir méritos para llegar á Dios.

Y ahora preguntemos:

¿Qué es obrar bien sino sufrir?

El aire y el agua no se hacen violencia

para cumplir su cometido. El bruto tampoco porque lo cumple siguiendo su instinto. Pero el hombre, ¿puede cumplir la ley que Dios escribió en su corazón, y vivir una vida de justicia, sin hacerse violencia?

No.

¿Por qué?

Porque es una máquina con algo roto.

Y la prueba de que el hombre *está roto* por el pecado original es que no funciona bien sin dolor.

Pues bien; dado que el ser bueno ó lo que es lo mismo el ser como Dios quiere que seamos, cuesta trabajo y en ese trabajo del bien obrar consiste principalmente nuestra Cruz ¿qué es la Cruz sino la realización de la voluntad de Dios en el hombre?

¿Y cabe pensar que la voluntad Divina pueda ser definitivamente vencida por la voluntad humana?

¿Cabe sospechar siquiera que esa divina voluntad deje de cumplirse un día en el orden moral como se cumple en el orden físico desde que el mundo es mundo?

O de otro modo. ¿Cabe dudar un momento que las maldades del hombre dejarán al fin de ser dominadas por la justicia de Dios?

Pues he aquí porqué la Cruz quedará un día victoriosa sobre el triángulo.

¡Oh vosotros! los que quizás con las lágrimas en los ojos en fuerza de devorar amarguras, contempláis la bulliciosa alegría con que el mundo liberal apóstata del Evangelio se corona hoy con todas las rosas del neo-paganismo naturalista, no le envidieis, porque ese mundo lleva en su frente el signo de la bestia, y sus rosas no tardarán en marchitarse; mientras las de vuestra corona, nacidas al pié de la Cruz y regadas con la sangre de Jesucristo, no se marchitarán jamás.

ADOLFO CLAVARANA

PENSAMIENTOS

Madrega, vela, ora, trabaja, lee, escribe, guarda silencio y sufre con resignación todas las adversidades.

(Tomás de Kempis).

Una hermosa corona está reservada en el cielo á los que cumplen sus deberes con toda la diligencia y perfección de que son capaces; porque no es suficiente que hagamos bien las cosas; es preciso hacerlas todo lo bien que nos sea posible.

(San Ignacio.)

Jesús nos demostró desde la cruz que su corazón es un horno de ardiente caridad, capaz de encender y consumir el universo entero.

(San Bernardino de Sena)

Frutos del Triángulo

M. Vigné d'Octon, antiguo oficial de marina, publica en la *Revue des Revues* un artículo denunciando los horrores de la colonización francesa en el Sudán. Del artículo son los siguientes párrafos que extracta nuestro querido colega *El Siglo Futuro* y por los cuales puede verse lo que son y lo que hacen por la humanidad esos filántropos triangulados que hoy padece la vecina Francia.

Dice así:

«La esclavitud existe de hecho. Tras cada *razzia* que lleva á efecto una columna de tropas, no sólo indígenas, sino europeas, se procede á repartir los prisioneros entre jefes, oficiales, soldados y auxiliares. Unos los conservan, otros los venden, algunos los matan. A consecuencia de las denuncias hechas en la Cámara de los Diputados, se suprimió en el Sudán, no la esclavitud, sino su nombre. El gobernador general de la colonia mandó á todos sus subordinados que en lo sucesivo no se empleara la palabra esclavo, sino que se dijese *no libre*. Con este eufemismo quedaban á salvo los funcionarios coloniales, aunque quedara por los suelos el lema: Libertad, igualdad, fraternidad.

«En la toma de Bossé—dice Vigné d'Octon—se hicieron cerca de mil esclavos.» «Se puede calcular en más de tres mil cabezas humanas la *razzia* que siguió al saqueo de Segou y Nioro.» «Hemos igualado las hazañas de los profetas negros y las de los ingleses en su Sudán; no tenemos nada que echar en cara á los alemanes cuya crueldad ensangrentó algunos puntos de la costa meridional.» «La toma de Sikasso fué la más abominable carnicería con que se ha manchado la conquista del Sudán francés... Los prisioneros, unos cuatro mil, formaban un rebaño. El coronel comenzó el reparto. Al principio iba escribiendo en un cuaderno; pero se cansó y dijo: «Repartíos eso.» Y el reparto se hizo entre disputas y golpes.

«Cada europeo recibió una mujer. El capitán M..., que no quiso la que le correspondía, se la regaló á su asistente Moussa Faraoré, tirador de primera clase. A los tiradores les correspondieron, al que menos, tres mujeres. Uno de ellos llamado Mendony, reunió nueve.

»El regreso se hizo á jornadas de 40 kilómetros.

Los niños y los cautivos que no podían seguir á la columna eran muertos á culatazos ó bayonetazos... Los cadáveres quedaban sembrados á lo largo del camino... Una mujer embarazada se quedó atrás. La hicieron levantar á culatazos. Parió andando, y abandonó la criatura sin volver la cabeza para ver si era hembra ó varón. Los porteadores de la columna encargados de llevar las subsistencias no recibieron raciones en cinco días. El que cogía un puñado de harina recibía cincuenta latigazos. En la venta de los cautivos se cometieron equivocaciones de bulto: resultó que se habían vendido por error parientes de los tiradores indígenas y personas adictas á la causa francesa.

»A consecuencia de los clamores contra estos monstruosos abusos se crearon en el Sudán francés aldeas llamadas *de libertad* donde todo cautivo quedaba libre por el mero hecho de entrar. La autoridad militar debía enviar á estos lugares á todos los que lo solicitaren. De documentos numerosos que tengo á la vista, resulta que sólo fueron enviados aquellos cautivos que no querían para sí los tiradores... Una mujer que había sido marcada y azotada se escapó y se refugió en casa de un funcionario civil, pidiendo ir á la *aldea de la libertad*. La amenazaron con un trato de cuerda si no volvía á casa de sus amos.

»En Julio de 1894 volvió al puesto de Djenné la columna expedicionaria que acababa de tomar el pueblo de Bossé, llevando un verdadero rebaño de cautivos. El reparto se hizo algunos días después. Primero se surtió á los oficiales, á excepción de un oficial de infantería de marina, con el que estaba enemistado el jefe de la columna, y de un comisario que había censurado con energía los actos cometidos en la ciudadela francesa.

»Después les llegó el turno á los intérpretes y agentes negros del puesto. Se guardaron también algunos cautivos para los empleados de la misma clase de los puestos cercanos.

»Se dieron esclavos á los soldados blancos, á los soldados negros, á todo el mundo. Después del reparto, los vecinos de Djenné compraban á la puerta del puerto y en el mercado esclavos de todas clases. Los auxiliares *liquidaban* los que les habían correspondido. Una muchacha de doce años, brutalmente atropellada por varios, fué trocada por tres pilones de tres kilogramos de azúcar. Un niño recién destetado, por unos collares de vidrio. Los tiradores jugaban á los naipes sus cautivos.»

La protección de María

(HECHOS HISTÓRICOS)

En cierta población de Bélgica vivían dos ancianos esposos, muy apremiados por los rigores de la necesidad. Como pobres vergonzantes, pues habían gozado de buena posición, no se atrevían á manifestar á nadie la suma miseria que los afligía; y para colmo de infortunios, la mujer estaba baldada y el marido enfermo en cama.

Cierta sábado llegaron á la noche sin haber probado bocado de pan. Los míseros oraban y lloraban sobre su infortunio, pero faltábales valor para implorar la caridad; y en tan angustiosa situación llegó la noche del domingo, en la cual la extenuada anciana se decidió á salir de casa para llamar á la puerta de alguna alma caritativa; mas tampoco tuvo valor y así regresó al lado de su marido con las manos vacías.

Hacia cuarenta y ocho horas que no habían probado bocado, y el sudor de la extenuación corría por sus rostros macilentos.

—Vamos á morir de hambre, pobre esposa mía;—dijo el anciano;—¡Porque todos nos han abandonado!

Oídas tan dolorosas palabras, la buena mujer levanta el corazón á la Santísima Virgen, renace en su pecho la esperanza, é impelida por tan consoladora virtud, dice á su marido:

—La Madre de Dios, que es consuelo de afligidos, no nos abandonará. Implorémos su valimiento y pongamos en Ella nuestra Esperanza.

Dichas estas palabras, se acuerda de que le quedaba una pequeña vela; la enciende, y los dos esposos, apoyándose el uno en el otro para no caerse, se hincan de hinojos á los pies de una imagen de María, invocando con lágrimas el poderoso auxilio de la Madre de Dios.

La piadosísima Virgen, en la cual nunca se confió en vano, quiso que la luz de la vela llamara la atención de una buena obrera que vivía en el piso de enfrente; la movió á entrar en el de los ancianos, y oyó la desprecación que bañados en lágrimas elevaban al trono de la clementísima Madre de Dios.

Hondamente conmovida la buena obrera, salió, tomó algunas viandas para socorrer de momento la necesidad de los dos esposos, y les dijo:

—Pobrecitos míos! tomad esto que por mi conducto os envía la Santísima Virgen, y esperad en Ella, que en adelante proveerá á todas vuestras necesidades.

Y así fué en efecto; pues llegada la mañana, la buena mujer puso el caso en conocimiento del cura párroco, y este atendió á los ancianos con la ayuda de las conferencias de San Vicente de Paúl, reprendiéndoles cariñosamente por no haberle manifestado su extrema necesidad.

Mas no se dió por satisfecha con esto la Madre de Dios, sino que para probar á sus devotos que jamás se pone en vano la confianza en Ella, dispuso que pocos días después los ancianos entraran en posesión de una pequeña herencia, que les puso á cubierto de los rigores de la necesidad para el resto de la vida.

OTRO RASGO

Jorge y Magdalena, joven matrimonio del gran mundo, se aburrían soberanamente en una de las playas del Norte de Francia.

—¿Sabes, Jorge—dijo ella,—que tengo ganas de ir al Mediodía?

—¿Y á dónde te parece que vayamos?

—Donde no haya mar, cuyo monotonía

espectáculo me aburre soberanamente.

El marido fué enumerando las principales poblaciones del Mediodía de Francia; pero ninguna le parecía á ella aceptable.

—Se me ocurre una idea—dijo de pronto la jóven:—vámonos á Lourdes.

—¡A Lourdes, Magdalena, un par de des-
preocupados como nosotros!

—No importa, tengo curiosidad de ver
aquello.

Al siguiente día emprendieron el viaje, y, al llegar, mezcláronse entre la inmensa muchedumbre que llenaba los alrededores de la basílica y la gruta, donde llenos de asombro y de emoción, presenciaron las conmovedoras escenas que tienen lugar durante la procesión del Santísimo, á cuyo paso tantas curaciones milagrosas se verifican.

Al terminar la religiosa ceremonia.

—¿Qué te parece?—preguntó ella á su marido, y levándose el pañuelo á los ojos, húmedos aún, contestó él:

—Que he llorado como una...
—Magdalena—añadió ella—¿no es verdad?

A la mañana siguiente, el jóven matrimonio que, apartado de las prácticas religiosas por la frivolidad del género de vida que hacían, habían ido á Lourdes como turistas para distraer su aburrimiento, después de confesarse y comulgar, considerábase felices y bendecían á Dios, que les había sugerido la idea de emprender aquel viaje.

OTRO HECHO

Un joven, doctor en medicina, cuya juventud licenciada había acabado con todos sus principios religiosos, convirtiéndose en materialista empedernido, decidióse á ir á Lourdes, después de leer la novela de Zola del mismo nombre. Allí presenció impávido las constantes manifestaciones de piedad de los peregrinos, entre los cuales llamó la atención una niña de diez años, que, echada en una camilla, más parecía un cadáver que un ser viviente; tal era la demacración de su cuerpo y la palidez de su semblante. Acercóse á ella, quien le habló con entusiasmo de las maravillosas curaciones que había presenciado, sin demostrar la menor contrariedad por no haber tenido la dicha de conseguirlo, hallándose como se hallaba en el último grado de tisis, y termino diciendo:

—¿Que espectáculo tan hermoso el de esos milagros que acabamos de presenciar! Vos creéis en los milagros, ¿no es verdad?

—Crear en eso es un absurdo—replicó él con fría impassibilidad.

La niña entonces dirigióle una mirada de asombro, mezclada de conmiseración, mientras una lágrima robada por sus escualidas mejillas, y le dijo:

—Mañana vendréis á verme, y si presenciáis mi curación, creeréis en los milagros, ¿no es verdad?

Así lo prometió el jóven, y hallándose al lado de la niña al siguiente día, en el instante de pasar la procesión del Santísimo Sacramento, vió con gran asombro que incorporándose aquella, exclamó:

—¡Gracias, Dios mío, ya estoy curada!
Y lo estaba, en efecto, como el mismo pudo comprobarlo.

—¿Creéis ahora en los milagros?—le preguntó ella rebotando de alegría.

—¡Si, creo—contestó él.

—Pues sólo para conseguirlo pedí ayer á la Virgen Santísima que me curase.

Y aquel incrédulo materialista, sinceramente convertido, acercóse al tribunal de la penitencia, y después de recibir la Sagrada Eucaristía, fué el más entusiasta propagandista de las maravillosas curaciones de Lourdes.

¡Ah! la protección de María!

Si se supiera todo el alcance de su amor á los hombres como presenciaria hoy el mundo tantos dramas de desesperación que bastaría quizás una plegaria para disipar como disipa el viento las nubes que ocultan los cielos.

SECCION HUMORÍSTICA

LA CRUZ PINTADA

Esperaba la hora de comer un Cura de aldea después de haber predicado en una misa mayor un sermón sobre aquellas palabras de Jesús que se leen en el Evangelio de san Mateo: *El que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí.* Entró al propio tiempo en casa del párroco un pobre peon de albañil, muy amigacho suyo, hombre de buena costumbres y de recto corazón, pero algo turbio de entendimiento, y no muy contento de su suerte ni satisfecho de su condición.

El Cura y el albañil tenían grandes discusiones, en las que el buen sacerdote procuraba resolver las dudas que en aquel espeso cerebro se anidaban.

—¿Has estado hoy en el sermón?—le preguntó el Cura.

—Si, señor, respondió Roque;—y aunque no lo hubiese oído, no me hacia falta; no señor, no me hacia falta.

—¡Hombre, hombre!—repuso el Cura,—explicame eso que no lo entiendo bien.

—Pues es claro; V. ha predicado que dijo Nuestro Señor: "El que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí.", Pues yo no necesito tomar ninguna cruz; hace tiempo que la llevo encima, ¡y flojilla que es mi cruz!

—¿Y cual es, Roque, esa cruz tan grande que tú tienes? porque, á decir verdad, yo no la veo. Eres jóven, sano, soltero, robusto; trabajas la mayor parte del año; no tienes achaques, enfermedades, ni enemigos...

—Y no tengo un cobre, y no tengo dinero y el no tener dinero es la cruz más grande que puede haber; es la cruz más pesada de cuantas cruces pueden llevarse; y la llevo siempre áuestas, y no me la puedo quitar de encima, y me pesa, me repesa, y me contrapesa, y...

—Y eres un asno,—añadió el Cura riéndose.—¿Conque el no tener dinero es una cruz? Vamos, no te creía tan tonto y tan mal cristiano, y, sobre todo, tan endeble que no pudieses llevar una cruz tan pequeña é insignificante como el no tener dinero, teniendo como tienes, salud que te sobra, y robustez para trabajar y trabajo continuo.

—Salud y robustez sin dinero... ¡morirse, morirse!

—Hombre, no seas majadero,—repuso el Cura;—para que veas cuán lijera es tu cruz, para que veas cuán cobarde eres, voy á decirte que es más ligera, más llevadera. más fácil de llevar que una cruz que yo te pintaré con yeso en la espalda de tu chaqueta.

—Vamos, señor Cura, que no estoy para

bromas.

No, no es broma ni burla la que te digo, Hablo seriamente. Dime, ¿cuánto ganas el día que trabajas?

—Dos pesetas.

—Pues yo te daré seis cada día, y no trabajarás, ni tendrás más que hacer que pasear por las calles, por la plaza, por todo el pueblo, con las manos en los bolsillos del pantalón, pero con una cruz que yo te pintaré en la espalda de la chaqueta, y que—óyelo bien—no has de permitir que te la borren. Y ya verás, mi buen Roque, como al poco tiempo me dices: "Señor Cura, esta cruz pintada me pesa más, mucho más que el no tener un cuarto.,,

—¿Cuando me la pinta V.?—dijo Roque que ya se le hacia la boca agua al pensar en las seis pesetas diarias sin trabajar.

—Mañana, que es domingo,—dijo el Cura.

—¿Y mañana me dará ya V. las seis pesetas?

—Sí, hombre.

—Pues, hasta mañana.

En efecto, al día siguiente, antes de misa mayor, fué Roque á casa del señor Cura, con su chaqueta negra; el párroco le hizo con yeso blanco una cruz que le cogia toda la espalda, de rayas gruesas muy visibles, mientras el buen Roque se reía...

—No te rias,—dijo el Cura;—ya te pesará esta cruz mucho más que el no tener dinero. Y se marchó á misa nuestro Roque en compañía del Cura, que entró en la sacristía, mientras el cruzado entraba en la iglesia por la puerta mayor. Tomó agua bendita, se arrodilló, y en esto le dice un amigo que estaba detrás:

—Roque, llevas una cruz pintada en la chaqueta.

—Ya lo sé,—contestó Roque.

Se encogió de hombros el amigo, y comenzó la misa.

Un poco después de alzar á Dios, una vieja que estaba arrodillada detrás de Roque, le dice tocándolo en el hombro:

—Roque, llevas dos rayas de yeso en la espalda.

—Bueno,—respondió Roque,—déjelas V.

Acabóse la misa, y al salir de la iglesia una vecina le dice:

—Chico, ¿y esa cruz que llevas ahí pintada?

—A V. no le importa,—contestó Roque. ya un poco amostazado.

—¡Oh!—dijo la vieja,—yo creía hacerte un favor.

—Pues, señor, ¿es posible—murmuró Roque—que se han de meter en si llevo rayas en la chaqueta?

—Chico;—le dice un amigo,—¿qué guapo vas con esa cruz en la espalda! ¿Quién te la ha pintado?

—Uno á quien le ha dado la gana,—saltó Roque ya montado en cólera,

—Hombre, no te incomodes; tú eres dueño de llevar una cruz pintada; y lo que es por mí, píntate la cara, si quieres.

Y se separó el amigo muy serio.

Ya no estaba Roque muy conforme con aquellas rayas, y ya se le iba subiendo la mosca á la nariz; pero, aunque muy vivo de genio, el recuerdo de las seis pesetas le hizo encogerse de hombros y seguir su camino.

Llegó á la plaza al mismo tiempo que unos cuantos amigos.

—Roque,—dijo uno de ellos;—¿qué llevas ahí en la chaqueta? Chico, chico, una cruz; ¿es para que no te lleve el diablo? Espera, que te la borraré.

Y sacó el pañuelo para sacudirla.

—No, no,—gritó Roque;—déjala, no la toques.

—Pero, hombre,—dijeron los demás,—¿te has vuelto loco?

—No; pero no quiero que me la borreis.

—Pues ahí te quedas: vamos, este hombre es á tonto.

Y se marcharon sin mirarle, quedándose él de muy mal talante.

Y aquellos amigos fueron publicando que el pobre Roque tenía una cruz pintada en la espalda de la chaqueta, y que no quería que se la borrasen; y fueron reuniéndose otros y otros, señalando con el dedo al pobre Roque y riéndose de él, de modo que se iba hartando de rayas, y pesándole ya bastante aquella pintada y ligera cruz.

Al volver de una esquina encuentra á un compañero suyo, que le dice con zumba:

—Vaya V. con Dios, Sr. D. Roque.

—Yo no tengo don,—repuso con mal gesto el cruzado.

—Es que como V. es caballero de la gran cruz de yeso!

—Yo soy caballero de la cruz de la gran...

Y Roque, con gesto amenazador, soltó una puerca barbaridad.

—¡Hija, el de la cruz!—decía uno.

—Aquí está el de las rayas blancas.

—El de la chaqueta negra y cruz de yeso.

—¿Quieres un cepillo para borrarla?

—No necesitarás Cireneo para que te ayude.

—Es para que no te lleve el diablo?

Y, efectivamente, á Roque se lo llevaban tres mil millones de demonios, y ya sudaba la gota gorda con el peso leve de la cruz pintada.

Otro amigo se le acerca, y con la mano comienza á sacudirla.

—¡Estáte quieto, animal!—gritó Roque hecho un energúmeno.

—Pues, señor, no hay duda, este hombre está rematadamente loco.

—Y se apartó de él, y fué publicando que el pobre Roque se había vuelto loco: y él veía que todos le señalaban con el dedo, unos con lástima, otros con burla, otros riéndose; y se le iba acabando la paciencia; y en esto un muchacho gritó: “¡Al tío de la cruz!”, y otro y otro hicieron coro: “¡Al tío loco de la cruz!”, y Roque corrió tras ellos echando fuego por los ojos, y tirando blasfemias por aquella boca; y los chicos corren más, y él, jadeando, corría y sudaba, hasta que un za-

gal cogió una piedra, y—¡Toma al tío loco!—siendo esto como la señal de la batalla; pues otro cogió otra piedra, y así otros, y cayó un diluvio de ellas sobre el pobre Roque, nuevo san Estéban, pero sin sus mérito. Los chicos gritaban: “¡al loco, al loco!”, y el infeliz se acordó de la maldición del gitano: *En manos de chicos te veas*. Las piedras llovían, y el infeliz ya no perseguía á los muchachos, sino que éstos le perseguían á él: y corría delante de ellos, tropezando, con la lengua fuera, sudando á mares, sin ver el terreno que pisaba; y aquí caigo, y aquí me levanto, le alcanzaron algunas chinas, se le escapó el sombrero, una piedra le hirió en la cabeza, el pobre se tocó y miró sangre, y no pudiendo sufrir más, maldijo las rayas blancas que le pesaban como una losa de plomo, y le entró una mortal congoja: en tanto los chicos seguían vociferando “¡al loco, al loco!”, y piedras sin parar. Miró al cielo con angustia, bendijo su antes para él pesada cruz, se maldijo á sí mismo, y fué su suerte que se encontró á la puerta del Cura: entró y se dejó caer medio muerto en un banco, á tiempo que el Cura salía de su habitación á los gritos de la turba infantil y al atronador estrépito de la pedrea...

—¡Señor Cura!—rugió el dolorido Roque;—no quiero cruz pintada, no quiero las seis pesetas ni seis millones; me pesa esta cruz, me pesa haber salido esta mañana con estas dos rayas, me pesa más que todo esta cruz en la que en poco me crucifican esos demonios de chiquillos, después de haberme rascado el alma hombres y mujeres con tanto preguntar por que la llevaba pintada en la chaqueta. Bórremela V. por todos los santos Apóstoles, si no, va á ser hoy el último día de mi vida.

—Vamos, sosiégate,—dícele cariñosamente el Cura.—¿No te decía yo que esta cruz pintada te pesaría mucho? Siento de veras las pedradas; lávate esa herida, que por fortuna es leve; pero, por lo demás, me alegro de que te convenzas de que muchas veces creemos tener una pesada cruz, y quisiéramos dejarla, y tener otra que nos parece menos pesada, resultando que la que Dios nos ha dado es mil veces más ligera. No murmures de la cruz que Dios te ha dado; confórmate con ella; confórmate con no tener mucho dinero, como tú dices que no tienes; ya ves que es harlo más ligera que esa de la que te reías cuando te la pinté.

—Es verdad,—dijo Roque, dando un resoplido como una ballena:—bórreme V. esa cruz de la chaqueta, bórremela, que yo no la vea; y le prometo de aquí en adelante conformarme con la cruz que el Señor tenga á bien enviarme, y que lallevaré sin murmurar, y si no con alegría, porque no soy santo, á lo menos con cristiana resignación.

—Amen,—dijo el Cura,—y acuérdate que no todo consiste en prometer, sino en cumplir.

JOAQUIN MARTINEZ LOZANO.

Lectura Dominical.

MÁXIMAS ESPIRITUALES

Nos debemos persuadir que lo que Dios niega á nuestros ruegos y deseos, es lo que no conduce á nuestra salvación.

Tan gran cosa es hacerse pequeño, que solo Vos, Señor, que sois tan grande, nos lo podéis enseñar.

Volver mal por mal, es venganza humano; amar á los enemigos, es venganza celestial.

No podemos acomodarnos enteramente con el mundo, y vivir á su modo, sin alejarnos de Dios, y, por consiguiente, de la práctica de la virtud.

Resuélvete á mirar el día de hoy como si fuese el último de tu vida, y á no juzgar que la muerte está muy lejos.

Aunque el Señor calla y sufre nuestros pecados, tiempo vendrá en que se manifieste su justicia.

Semana Católica.

BIBLIOGRAFIA

SANTA TERESA Y FELIPE II.—Concepto cabal de Justo y de Piadoso que se forma del rey prudente leyendo las obras de Santa Teresa de Jesús por D. Higinio Ciria y Nasarre, Archivero de Madrid. Con licencia de la autoridad eclesiástica.

Esta obra se halla de venta á dos pesetas en rústica y tres en tela con planchas, en la librería religiosa de Enrique Hernández, calle de la Paz, núm. 6, Madrid á quien se dirijan todos los pedidos.

El autor cede el 25 por 100 del producto líquido de esta obra para la Basílica que se erige á Santa Teresa en Alba de Tormes.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea de ciento sesenta periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripción se hace por acciones, media acciones, cuartos y octavos de acción.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una acción . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . .	1 » »
Un octavo id. . .	0'50 » »

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Paz 6, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR